

comprender todos los argots y no hablar nunca ninguno de ellos.

Por lo que hace al cuarto, guardaba silencio, pero sus espaldas enormes revelaban desde luego quién era. Thénardier no vaciló un instante. Era Gueulemer.

Brujon replicó casi impetuosamente, pero siempre en voz baja :

— ¿Qué nos estás tú ahí araqueroando? El julai no habrá astisao chalar. ¡Él no pincharda el curriel, arromali! Asparabar su primicha y querer cotarés el bostan desu piltra para terelar una rapela, expandar jebes en las burdás, querer machirias de jonjaina, brojañar clichies de sierpe, asparabar sus antojos, luandar su rapela bartrabé, soscabar burriñé, ustibar la compuesta, es preciso ser jiriné! ¡El puró no habrá arcilao, no jabela el curripen!¹

Babet añadió, siempre en ese sabio argot clásico que hablaban Poulaille y Cartouche, y que es al argot atrevido, nuevo, matizado y arriesgo que usaba Brujon lo que la lengua de Racine es á la lengua de Andrés Chénier:

— Tu puró talonero habrá sido sinastro sarmuñé. Es preciso ser tuyaló, y él es un bicondoy. Se habrá dejado jonjabar por un besañi, tal vez por algun braco, que se le ha querao el quiribó. Aplica el cané, Montparnasse, ¿junelas esas golis en el estardó? ¿Has dicao todos esos mermellines? ¡Arromales, le han trujipao! Aotal terela para vin dañés. Yo no abelo arasnó, no sino un gindon, esto es una buchí chanaa, pero ya no hay nastiá que querer,

¹ ¿Qué es lo que tú estás ahí charlando? El mesonero no ha logrado escapar. No sabe él el oficio, ¡ caramba! Rasgar en tiras su camisa y sus sábanas para hacer con ellas una cuerda, abrir agujero en las puertas, fabricar documentos falsos, confeccionar llaves falsas ó ganzúas, cortar sus grillos, suspender la cuerda por la parte de afuera, esconderse, disfrazarse.... ¡ ya es menester tener malicia para hacer todo esto! El viejo no habrá podido, él no conoce esta especie de trabajo

ó de lo contrario, nos la querarán guillibar. No te norunjes, abillela con jaberés. Chalamosá tapillar juntos una menderi de mol lachó¹.

— No se deja así á los amigos en el peligro, refunfuñó Montparnasse.

— Yo te pendablo que soscaba estardao. ¡Ocaná, el julay no vale un calé! Nosotros no arcilamos nastiá en ocoisa. Chapesquemos sarmuñé. ¡Yo panchabo que á cada momento abilla un durlin y me trujipa el murciá²!

Montparnasse no oponia ya sino una débil resistencia; el hecho es que aquellos cuatro hombres, con esa fidelidad que es peculiar á los bandidos, de no abandonarse nunca entre ellos, habian rondado toda la noche al rededor de la Force, á pesar del gran peligro que corrian, con la esperanza de ver que asomara Thénardier por aquellas alturas de la cárcel. Pero la noche, que se habia puesto realmente demasiado buena para la arriesgada operacion de la fuga, siendo un continuo aguacero que dejaba todas las calles enteramente desiertas, el frio que los penetraba, sus ropas empapadas en agua, su calzado lleno de humedad, el ruido inquietante que acababa de estallar en la prision, las horas que transcurrian, las patrullas que circulaban, la esperanza que iba extinguiéndose por instantes, el miedo que los iba

¹ Tu viejo posadero habrá sido atrapado al instante. Es preciso ser muy diestro para eso, y él es un aprendiz. Se habrá degado enganar por algun espía, tal vez por algun carnero, que se ha fingido su compadre. Aplica el oído, Montparnasse, ¿oyes ésos gritos en la prision? ¿Has visto todas esas luces? ¡ Vaya, le han cogido! Ahora ya tiene para veinte años. Ya no sé lo que es miedo, no soy un cobarde, esto es cosa sabida, pero aquí ya no hay nada que hacer, ó de lo contrario, nos la harán bailar. No te enfades, vente con nosotros, vamos á beber una botella de buen vino.

² Yo te digo que le han vuelto á encerrar. Á estas horas el mesonero no vale un ochavo. Nada podemos nosotros ya en esto. Vámonos en seguida. Á cada momento se me figura que viene un agente de policía y me agarra por el brazo.

invadiendo, todo esto los incitaba á retirarse. Hasta el mismo Montparnasse, que tal vez era algo yerno de Thénardier, cedia. Un momento más, y se habrían ya marchado. Thénardier entre tanto estaba jadeando sobre su pared como los náufragos de la *Medusa* sobre su balsa viendo desvanecerse en el horizonte el buque aparecido.

No se atrevía él á llamarlos, un grito que fuese oído podía perderlo todo. En tal situación, ocurrióle una idea, una postrera idea, una vislumbre; sacó de su bolsillo el fragmento de cuerda de Brujon que había él desatado de la chimenea del Edificio Nuevo, y le arrojó en el recinto de la empalizada.

Aquella cuerda vino á caer á los piés de ellos.

— ¡ Una rapela ¹ ! dijo Babet.

— ¡ Es mi geliché ² ! dijo Brujon.

— Ahí está el julay, dijo Montparnasse.

Y levantaron los ojos hácia aquellas alturas. Thénardier asomó un poco la cabeza.

— ¡ Corriendo! dijo Montparnasse, ¿ tienes tú la otra punta de la cuerda, Brujon?

— Sí.

— Átalas una con otra, le arrojaremos la cuerda, él la fijará en la pared, y con eso le bastará para bajar.

Thénardier se arriesgó á alzar la voz.

— ¡ Estoy helado!

— Ya te calentarás.

— ¡ No puedo moverme!

— Te dejarás deslizar, y nosotros te recibiremos.

— ¡ Tengo las manos entumidas!

— Engancha á lo ménos la cuerda á la pared.

— ¡ No podré!

¹ « Una cuerda. » *veuve*, en argot del Temple.

² « Es mi cuerda, » *tortouse*, en argot de las barreras.

— Es preciso que uno de nosotros suba, dijo Montparnasse.

— ¡ Tres pisos! replicó Brujon.

Un antiguo conducto ó canalón de yeso, que había servido en otro tiempo á una estufa que encendían en la barraca, culebreaba á lo largo de la pared y subía casi hasta al sitio en donde se distinguía á Thénardier. Aquel tubo, entónces ya bastante hendido y resquebrajado todo él, ha caído despues, pero aún se ven allí sus huellas. Era muy estrecho.

— Por ahí se podría subir, dijo Montparnasse.

— ¿ Por ese tubo? exclamó Babet, ¡ un gachó ¹ jamas! se necesitaría un bedoro ².

— Es verdad, sería menester un chinorré ³, repuso Brujon.

— ¿ Y en dónde hemos de hallar ahora un cheval? añadió Gueulemer.

— Esperad, dijo Montparnasse. Yo tengo lo que es menester.

Entreabrió con mucho tiento la puerta de la emplizada, se aseguró de que nungun transeunte pasaba por la calle, salió con la mayor precaucion, volvió á cerrar la puerta tras de sí, y echó á correr á toda prisa, dirigiéndose hácia la Bastilla.

Siete ú ocho minutos transcurrieron, que fueron ocho mil siglos para Thénardier; Babet, Brujon y Gueulemer permanecieron allí sin atreverse siquiera á desapretar los dientes; por fin volvió á abrirse la puerta, y apareció Montparnasse, sofocado y haciéndose acompañar de Gavroche. La lluvia continuaba manteniendo las calles completamente desiertas.

¹ Un hombre.

² Un niño, *mion* (argot del Temple).

³ Un *mône*, niño (argot de las barreras).

El niño Gavroche entró en el recinto y miró aquellos rostros de bandidos con ademan tranquilo. El agua le chorreaba por el pelo. Gueulemer le dirigió la palabra:

— Vamos, chaval, ¿eres tú un hombre?

Gavroche se encogió de hombros y contestó:

— Un chaval como mendá es un gachó, y gachós como ostrés son chavales¹.

— ¡Arromales, y que bien luanda la chipi del chinoró²! exclamó Babet.

— El chavoró *pantinois* no está querao de banjarí jorrodáa, añadió Brujon.

— ¿Qué es lo que queréis? dijo Gavroche.

Montparnasse respondió:

— Tregar por ese tubo.

— Con esta rapela³, dijo Babet.

— Y pandebrar la geliché⁴, continuó Brujon.

— En lo suco de la muré⁵, repuso Babet.

— Empersó de la felicha⁷, añadió Brujon.

— ¿Y despues? preguntó Gavroche.

— ¡Hé ahí! dijo Gueulemer.

El gamin examinó la cuerda, el tubo, la pared, la ventana, é hizo ese inexplicable y desdeñoso ruido de los labios que significa:

— ¡Y qué vale eso!

— Ahí arriba hay un hombre á quien es preciso que tú salves, añadió Montparnasse.

¹ Un chiquillo como yo es un hombre, y hombres como vosot^{os} son chiquillos.

² ¡Cáspita, y que bien le cuelga la lengua al chiq^{uillo}!

³ El hijo de París no está hecho de paja mojada.

⁴ Esta cuerda.

⁵ Y atar la cuerda.

⁶ E i lo alto de la pared.

⁷ Al traves de la ventana.

— ¿Quieres nacerlo? repuso Brujon.

— ¡Majadero! respondió el muchacho, como si la pregunta le pareciera inaudita; y se quitó los zapatos.

Gueulemer cogió á Gavroche por un brazo, le puso sobre el tejado de la barraca, cuyas carcomidas tablas se plegaban bajo el peso del niño, y le entregó la cuerda que Brujon había atado en sus dos puntas durante la ausencia de Montparnasse. El gamin se dirigió hácia el tubo donde era fácil penetrar, merced á una enorme grieta que tocaba al tejado. En el momento en que iba á subir, Thénardier, que veía acercársele la salvacion y la vida, se asomó inclinándose al borde de la pared; el primer resplandor del dia blanqueaba su frente toda ella inundada de sudor, sus lívidas mejillas, su nariz afilada y arisca, su barba gris erizada, y Gavroche le conoció en seguida:

— ¡Toma! dijo, es mi padre!... Oh! no le hace.

Y cogiendo la cuerda con los dientes, empezó resueltamente la escalada.

Así llegó á la cúspide de aquella casucha, montó sobre la vieja pared como sobre un caballo, y aló sólidamente la cuerda al travesaño superior de la ventana.

Á los pocos instantes, Thénardier se hallaba en la calle.

Desde el momento en que hubo tocado el empedrado con sus piés, desde que se vió fuera de peligro, ya nó se sentia cansado, ni helado, ni tembloroso; aquellas cosas terribles de las cuales acababa de salir se desvanecieron como el humo, toda aquella extraña y feroz inteligencia despertó en él, y se encontró de pié y libre, pronta á marchar de nuevo hácia adelante. Hé aquí cuál fué la primera pala'bra de aquel hombre:

— ¿Y ahora, á quién nos vamos á comer?

Inútil es explicar el sentido de esta palabra, de horrosa transparencia, que significa á la vez, asesinar y desbaliar. *Comer*, en su sentido real y genuino. *devorar*.

— Estrechemos ahora bien, dijo Brujon. Acabemos en dos palabras, y en seguida nos separaremos. Había un negocio, que tenía muy buenas trazas, en la calle de Plumet, una calle desierta, una casa aislada, una reja vetusta y podrida que da á un jardín, mujeres solas.

— Y bien ! ¿ por qué no ? preguntó Thénardier.

— Tu chavori¹ Eponina ha ido á ver aquello, respondió Babet.

— Y ha traído un bizcocho² á Magnon, añadió Gueulemer. Nada hay que querelar allí³.

— La chavori no es dinilli⁴, dijo Thénardier. Sin embargo, será conveniente ver lo que es eso.

— Sí, sí, dijo Brujon, bueno será informarse y verlo.

Entre tanto, ninguno de aquellos hombres se ocupaba ya de ver siquiera dónde se hallaba Gavroche, quien durante este coloquio, se habia sentado sobre uno de los guardacantones de la empalizada, donde esperó algunos instantes tal vez á que su padre se volviese hácia él; despues volvió á ponerse los zapatos, y dijo :

— ¿ Concluyó esto ya ? ¿ no necesitan más de mí los hombres ? ya estáis fuera del apuro. Me voy. Es preciso que vaya á levantar á mis chinorós.

Y se marchó.

Tambien los cinco hombres salieron uno tras otro de la empalizada.

Luégo que Gavroche hubo desaparecido, dando vuelta por la calle de los Ballets, Babet llamó aparte á Thénardier.

— ¿ Has mirado á ese chaval ? le preguntó.

¹ Tu hija.

² Traer bizcocho, en el lenguaje de los bandidos de París, quiere decir que no hay nada que hacer, segun se ha explicado ya antes.

³ Nada hay que hacer allí.

⁴ Tonta.

— ¿ Qué chaval ?

— El que ha trepado á la pared y te ha llevado la cuerda.

— No he reparado mucho en él.

— Pues bien, yo no sé, pero se me figura que es tu hijo.

— ¡ Vaya ! dijo Thénardier, ¿ te ha parecido ?